

REO

Estimado señor Brown:

Soy consciente que el hecho de dirigirme a usted le pone en peligro, supongo que no es un peligro inminente ni que atente contra su integridad física, pero esta carta puede llegar a implicarle en el asunto que en los últimos meses, me reconcome por dentro. Le pueden relacionar con lo que hice y ambos sabemos que usted no tuvo nada que ver. Pero pese a no haber tenido remordimientos para llevarlo a cabo, siento que necesito explicarle, hacerle entender, el por qué. Por ello, le solicito que continúe leyendo esta carta hasta el final. Sin pretender que pueda llegar a empatizar conmigo, ya que realmente creo que eso sería, además de imposible, cruel e inhumano, pero si se limitara a conocer mi historia conseguiría que pudiera experimentar una sensación, que creo extinta en mí, pero que mi cuerpo anhela desconsoladamente.

El veintinueve de enero me levanté como cada mañana a las siete en punto. Salí de la cama tremendamente despejado ya que no había logrado conciliar el sueño en toda la noche; abrí el armario intentando, inútilmente, evitar que sonara el mismo ruido chirriante de siempre provocado por las oxidadas bisagras. Cogí el montón de ropa que había colocado en la primera balda de estantes la noche anterior y me vestí. Como siempre, con unos vaqueros y una sudadera; esta vez, era verde. Me acicalé durante unos minutos en el baño y salí sin hacer ruido, procurando que nadie me viera para evitar preguntas. Me dirigí hacia el metro, cosa habitual, aunque no me monté en el tren que me llevaba al comedor, ya que aquel día, este no era mi destino. Considero importante recalcar la calma que sentía en esos momentos.

Y así continúe, manteniendo esta inquietante serenidad y tranquilidad, sin apenas pensar, simplemente fijándome en cada una de las personas que venían conmigo en el vagón, tratando de descifrar en su expresión, cual sería la historia de cada una de ellas si es que la tenían y contando, simultáneamente, los minutos en los que el maquinista paraba en cada estación, intentando entender por qué en unas estaciones que, aparentemente eran iguales que las otras, se paraba durante más tiempo.

Fueron catorce paradas y en apenas treinta y tres minutos me encontraba en la superficie de nuevo. He olvidado mencionarle que ya llevaba todo lo que necesitaba en una mochila.

Creo que a estas alturas, omitir detalles sobre dónde me encontraba es innecesario, ya que actualmente, son de conocimiento público. Siempre pensé que en la legislación existía aquello del secreto de sumario, pero debe ser que en mi caso no fue aplicado. Por lo que optaré por continuar con mi historia de una forma detallada.

Como le iba diciendo, al salir de la estación “South Kensington” me encontraba en la calle “Cromwell”. En una de las perpendiculares a esta, en la calle “Exhibition” está situado el Museo de la Ciencia, muy visitado aquí en Londres por cierto. Lo bueno de vivir en una ciudad tan grande y turística es que nadie se para a mirar a toda la gente que pasa por la calle, por lo que pasé desapercibido.

Me dirigí hacia la puerta de atrás del museo y tras forzarla, entré. Debo admitir que tuve suerte, demasiada supongo, ya que nadie se interpuso en mi camino. Por algún motivo que aún no logro entender parece ser que aquel día nada iba a poder detenerme.

Me deshice momentáneamente de mi mochila y me dirigí a una de las cuarenta y seis áreas con las que cuenta el museo, a la de medicina. Allí, se encuentra una reconstrucción de la molécula de ADN. La menciono debido a que cada viernes, la miraba durante unos minutos mientras esperaba a que ella terminara su turno. Como puede imaginar, todo está relacionado con ella, con Susan.

Acababa de licenciarse en astronomía por la universidad “John Moores”, en Liverpool, y llevaba en el museo unos meses aunque su objetivo era realizar, en un futuro, otro tipo de trabajo. Creo que tenía varias ofertas, aunque no estoy muy seguro. Lo cierto es que nunca logré entender por qué trabajaba allí, pero siempre me decía que le resultaba conveniente, económicamente hablando, mientras realizaba su doctorado, y además satisfactorio (solía dar charlas para los turistas sobre el “Apolo X”, sobre el espejo del telescopio “Earl of Roose” y ese tipo de cosas).

Una vez realizada aquella visita necesaria, recogí la mochila y salí. Anduve los dos kilómetros y medio que me separaban de la sucursal donde trabajaba John y esperé pacientemente a que tuviera un descanso y saliera a tomar el aire, o lo que era más probable, a fumarse un cigarrillo.

Lo habrá visto en las noticias, John era su prometido, un hombre de veintiocho años al que conoció en la universidad. Un joven banquero con un futuro muy prometedor en el mundo de las finanzas, que iba a casarse el verano siguiente con Susan.

Recuerdo que cuando yo la conocí me habló de él. Estuvieron juntos durante cinco años. Se preguntará como nos conocimos Susan y yo, pues bien, se lo contaré: cuando cumplí los doce años, por suerte se terminaron para mí las casas de acogida y fui a parar a un orfanato, dónde casualmente ella, con sus dieciocho años recién cumplidos, se presentó voluntaria para impartir clases de ciencias a los niños que estábamos allí. No teníamos un horario “escolar”, dábamos clase cuando había alguien que pudiera impartirla. Ella venía los viernes y sábados por la tarde y los domingos por la mañana, ya que al estar en la universidad de Liverpool no podía dedicarnos más tiempo, tan solo los fines de semana que volvía a Londres. Debo admitir que durante el primer año, nuestra relación se limitó al hecho de que ella era mi profesora y yo su alumno más problemático. Los niños que entraban al orfanato no solían quedarse más de unos meses, ya que siempre había una familia dispuesta a acogerlos, por lo que, salvo conmigo, que como era lógico nadie quería volver a convivir, no tuvo tiempo de conocerlos bien. Despertó en mí tal interés y curiosidad que con el tiempo hasta fingí devoción por las matemáticas para que me dedicara más tiempo, pero pronto no fue necesario, ya que sin saber muy bien cómo, comenzó a hacerme visitas en vacaciones y en fiestas. Cuando no venía como profesora me sacaba de aquel espantoso y aburrido lugar y me enseñó, literalmente, un nuevo mundo. Puede parecer exagerado, pero lo cierto es que a pesar de haber vivido toda mi vida en Londres, no tenía ni idea de cómo era mi ciudad. Pero me enseñó mucho más que eso, dejando las matemáticas a un lado, me enseñó a sentir admiración y cariño, me hizo sentir formar parte de algo, y de alguien, creó en mí una serie de expectativas y despertó una esperanza que hasta entonces, había estado enterrada en lo más profundo de mi ser.

A medida que pasaron los años, afiance mis sentimientos hacia ella, ya que se convirtió en la primera persona capaz de imponerme aquella autoridad que tanto necesitaba. No le fue difícil, quizás el truco residía exclusivamente en las formas, que hasta entonces no habían sido las más idóneas precisamente; se convirtió en mi hermana mayor, en mi amiga, mi mejor amiga. Cuando cumplí los diecisiete años empecé a tener una mayor autonomía y dado que ella ya había terminado la carrera y había empezado a trabajar, no pudo continuar con las clases, por lo que aprovechando esta nueva “libertad” que poseía, iba a recogerla al Museo cada viernes por la tarde.

Cuando supe que había muerto en el hospital “Saint Thomas” tras recibir una paliza mortal, a manos presuntamente de su prometido, creo que todos aquellos sentimientos que durante cinco años Susan me hizo vivir se esfumaron y volví a sentirme como antaño, vacío e inexistente. No lloré, casi no pestañeé, no me lo creía. Desde ese instante hasta el día en que me decidí a llevarlo a cabo, no pensé en ella ni un segundo, en mi mente solo estaba John. Fue arrestado el mismo día en que ella murió, pero resulta que las pruebas que tenían contra él, eran solo circunstanciales por lo que quedó en libertad bajo fianza a la espera de un juicio, oportunidad que yo tenía que aprovechar.

Continuaré por dónde lo dejé antes. Seguí esperando a que John saliera del banco y tras llevar allí una hora y aproximadamente cuarenta minutos, apareció. Yo estaba en la calle de enfrente por lo que no reparó en mi presencia. Como cabría esperar, encendió un cigarrillo, y no pude evitar pensar que en su semblante se apreciaba únicamente desdén y tranquilidad, sí, sobre todo eso, tranquilidad. Parecía un hombre sin ningún tipo de preocupación, ni remordimiento. Apoyé la mochila en el banco de la parada del autobús, deslicé la cremallera y cogí lo que cuidadosamente había envuelto en papel; lo introduje en el bolsillo de mi sudadera verde. Crucé la calle muy despacio cuando el semáforo se tornó verde, y con pasos muy lentos me fui acercando a las escaleras donde se encontraba. Me metí las manos en el bolsillo, desenvolví el cuchillo, y agarre con firmeza la empuñadura negra. Subí hasta el cuarto escalón situándome a su lado y sin más demora, sin pensar en nada, ni en nadie, busqué con mi mirada la suya, sin duda me reconoció y no sé qué fue lo que vi en sus ojos pero desde luego no evitó que lo deslizara sobre su abdomen. Sus pupilas parecieron dilatarse, su cuerpo se encorvó mientras su voz emitía un pequeño aunque silencioso gemido. Y ahí, de pie, me fui agachando a medida que su cuerpo se desplazaba hacia el suelo, con la mano aún en la empuñadura, cubierta de la sangre de John, sin percibir lo que sucedía a mí alrededor. Cuando su cabeza rozó el suelo, liberé mi mano de aquel arma y comencé a llorar desconsoladamente, lloré todo lo que no había llorado por la muerte de Susan, todo lo que no había llorado estos largos años. Lloré por haber intuido que en estos últimos meses, John pegaba a Susan, lloré por no haberla ayudado como ya ocurrió con mi madre cuando apenas era un niño. Lloré porque me había convertido en alguien igual al hombre del que siempre huí, lloré por ser un asesino. Y por primera vez en toda mi vida ya no sentí rabia, ni odio, ni ira, solo dolor, y una insaciable soledad.

Minutos después, el sonido de la ambulancia y de los coches de policía retumbaba en mi cabeza. No me moví, estaba sentado sobre mis rodillas, con los brazos sujetados por los guardias del banco que se abalanzaron sobre mí alejándome de la escena. La gente gritaba, sus rostros mostraban miedo e interés, no dejaban de mirar. El tiempo pasaba como cuando estaba en aquel vagón del metro, igual de despacio. Una mujer taponaba

la herida de John. Los hombres de la ambulancia corrieron con sus maletines en la mano hacia donde estaba tumbado, mientras que yo era arrestado por dos policías. Me pusieron las esposas. Creo recordar vagamente que uno de ellos me decía algo; no le escuché, aunque probablemente se limitara a leerme mis derechos, si es que aún me quedaba alguno. Me arrastraron hasta el coche y me trajeron hasta aquí.

Si ha seguido mi caso hasta ahora, sabrá que John no murió. Estuvo ingresado durante varias semanas, pero se salvó, cosa de la que ahora doy gracias. Espero que finalmente pague por lo que hizo. Sus abogados y él me han acusado como principal sospechoso de la muerte de Susan, alegando que al apuñalarle, quedó demostrado que carezco de humanidad y que soy muy capaz de matar. Ojalá pronto quede demostrado su culpabilidad y finalmente le priven de la libertad que injustamente ahora posee.

Espero no haberle molestado al enviarle esta carta. Ahora tendré mucho tiempo y usted sabe que por el momento no tengo con quien hablar, así que si no le desagrada esta será la primera de muchas cartas que le iré escribiendo contándole todo lo que suceda por aquí, y quién sabe, quizá lleguemos a conocernos mejor. Ahora debo dejarle, apagan las luces. ¿Sabe? estas son las peores horas, las de oscuridad, la mente no descansa ni un segundo. Antes de dormirme siempre me viene a la cabeza las últimas palabras que le escuche decir al letrado: “por todo los preceptos y demás disposiciones citadas anteriormente, fallamos, que debemos condenar y condenamos al procesado, como autor penalmente responsable de un intento de homicidio con alevosía, a una pena de prisión de nueve años”.

Hasta dentro de poco tiempo señor Brown, prometo no permanecer en silencio.

Atentamente.

Fdo.: William Forks.

Hediondo.